

## Los elefantes del Kilimanjaro (2/7)

Falso

3.

**Sábado 23 de septiembre. 2006**

Amanezco crudo. Llevo una semana en la ciudad y el viaje se ha transformado en una sola motivación: ver de nuevo a Clara, tocarla si se puede. ¿Qué sucederá después de que la vea? Quiero averiguarlo. Me he distanciado de mi familia y Ximena se ha convertido en un estorbo. No puedo dejar de especular sobre Clara, en qué anda, con quién, qué piensa del momento. Tengo su teléfono, su *mail*, sus direcciones, pero no me animo a buscarla.

Hace un par de días la comida en casa estuvo insoportable. Mi hermano y mi madre discutían por saber quién tenía la razón. Javier defiende a la asamblea popular porque presiente que su causa es, en el fondo y muy a pesar de sus formas, legítima. Mi madre contesta que son unos huevones que no se bañan, por lo tanto se merecen la inconformidad en la que viven y las formas del gobierno, dice ella, son el orden que nos permite vivir en paz. Javier dice que ese orden es la causa de una sociedad podrida. La discusión, entonces, se convirtió en un ruido exasperante. Ximena pensó que me asustaba el tono que habían alcanzado ambos y me llevó a la sala de televisión. Yo pensaba: Javier se siente aludido respecto a la mugre, mi madre se siente parte del "orden" y se lo toma personal, quizás porque toda su vida trabajó en la burocracia siente que su hijo es un malagradecido con ella. No me di cuenta que Ximena me abrazaba como si fuera un perro

al que habían acabado de patear. Me la quité de encima. Ella se tocó el cabello y me siguió a la recámara.

Mi padre nos ayudó a subir las maletas al coche. No te preocupes, Dustin, es normal, todos estamos muy sensibles estos días, cada palabra contra lo que crees te hiere el doble. No estoy espantado, le respondí, aprovecho la distracción para huir sin ningún obstáculo, además ya le había dicho a Lepe que ocuparíamos su cuarto esta semana. Ojalá vayamos juntos a dar un paseo en mi camioneta en estos días, me dijo, creo que tendremos bastante tiempo. Le contesté que sí, que esa era una de las causas de mi regreso.

Esa tarde Ximena y yo nos pasamos al cuarto de servicio de Lepe, un amigo de la infancia. Después de instalarnos, me he abstraído del resto del mundo con mis paseos. Cuando vuelvo al cuarto me pongo a leer *La Montaña Mágica*, el tabique que me regaló Ximena en mi cumpleaños pasado. Es mi pretexto para no tenerla encima todo el tiempo. No puedo planear una visita a Clara con ella cerca, además de la culpa, siento unas ganas de estrangularla que me inmovilizan. Clara me ha convertido en un *zombie*, y yo paseo pero con los brazos debajo.

Ahora, mientras miro el techo, acepto que estoy arrepentido de haber traído a Ximena. Tengo que confesarle mi deseo de estar solo. El conflicto puede ser un argumento, ¿cómo, una mujer como tú, tiene que estar atravesando barricadas? Sabe que algo me ocurre porque me mira con ternura. ¿Qué pasó?, me pregunta justo en este momento, ¿que no era esto lo que querías? Ya estoy acá, en Oaxaca, contigo, me gustaría saber dónde estás tú. No sé, le respondo, la boda de Lepe me tiene un poco confundido. No me digas, más bien te

tiene crudo. Voy a echarme un regaderazo, le respondo, me levanto y entro en el baño.

Mientras el chorro de agua caliente cae en mi cuerpo, me siento un tomate rojo. Soy uno de los tomates que me quedé mirando ayer en la mañana en el Gigante. Como si no hubiera tenido un proceso de maduración o nunca hubiera sido cosechado en el campo o hubiera brotado de una de las rejillas del refrigerador. ¿Cómo es que me convertí en Dustin Ramírez? Tal vez por eso ayer en la boda veía a todos como tomates cosechados, verduras transgénicas chocando copas. La boda entera era un centro comercial retacado de productos cuyo proceso de cultivo hemos borrado. En cada conversación, imaginaba que estaba ante las instrucciones, ingredientes o recomendaciones de un producto. Los que entonces eran adolescentes que golpeaban a la gente en las esquinas con el tapete de sus autos, ahora son el licenciado en mercadotecnia, el diseñador gráfico, el administrador de empresas turísticas. ¿Yo qué soy? Soy un tomate, les respondía, soy un tomate exhibido en un centro comercial, tengo propiedades nutritivas y deliciosas, ideal para la comida italiana o la salsa que llevan los tacos al pastor. Todos exageraban su risa, saben que soy un periodista primerizo que renunció a su empleo en el DF y que viene a escribir un reportaje sobre el conflicto, un reportaje que lo ubique ante su gremio, que trascienda en la memoria colectiva. Todos simulaban orgullo, me dieron su opinión y, a cada charla, a cada argumento, la ilusión con la que vine se diluía. La carne empaquetada, las verduras, todos los frascos han hablado, pensé. Me siento incapaz de enfrentar una situación así, tan de cerca, un conflicto lleno de verdades difusas y mentiras grotescas. Ni siquiera he hecho trabajo de

campo, le confesé a Lepe mientras nos fumábamos un toque en el baño. No mames, dijo él, ¿cómo vas a escribir un reportaje si no has ido a investigar?, mejor te hubieras quedado en el DF a conservar tu trabajo, sigues siendo el mismo indeciso y pocos huevos de siempre. Por cierto, fumó y siguió diciendo, ¿a qué medio le vas a vender tu reportaje? No lo sé, estaba tan entusiasmado por Oaxaca, que me vine sin pensarlo. Quería saber cómo se siente atravesar una barricada en la noche, quiero vivirlo pues, mientras redacto en la mente. Aún así tu mente no le interesa a nadie, me respondió, ¿quién puede escucharte?, ¿quién puede escucharnos en este momento?, tienes que bajarlo a algún medio impreso, digital al menos. Quizás el reportaje sólo hable de una persona que aprovecha el momento para cambiar de vida. Lepe dijo: eso es un cuento, no seas pendejo. Así que respondí: no me importa si no puedo escribir un reportaje, tengo el pointer y puedo venderlo en cualquier momento, lo único que quiero es estar aquí como si algo importante estuviera por suceder.

Pero si no te ves nada cómodo, dijo Ximena cuando Lepe le contó nuestra conversación del baño. Quizás eso es lo que está pidiendo mi cuerpo, respondí, esa incomodidad es el presagio de que algo está por suceder. Sí, como cuando éramos niños, dijo Lepe, y te quedabas todo el receso bajo el sol. ¿Recuerdas Dustin?, ¿cómo nos escondíamos de ti y gritabas todo el tiempo nuestros nombres para saber por dónde estábamos? Por cierto, ¿cuánto tiempo tiene que se conocen?

Ximena tomó la palabra y no la soltó en toda la noche. Contó cómo nos conocimos y cómo le rogué que me acompañara a Oaxaca. A toda la boda ese gesto les pareció tan espléndido como premonitorio, dejar su empleo y su familia por el sueño de su amor. Eso me empezó a poner de malas y me hizo beber más de la cuenta. Yo creo que tienes que decirle que se

regrese, me dijo Lepe unos instantes antes mientras fumábamos, deberías decirle a Ximena que te equivocaste, que este viaje no era su luna de miel.

Le cierro al chorro de agua. Salgo del baño y comienzo a vestirme. ¿Otra vez me vas a dejar encerrada?, me dice Ximena mientras se pone el pantalón de mezclilla que le queda apretado. Ya escuchaste ayer a Lepe, le digo, tengo que ir a investigar, a escuchar cómo está la situación.

Bajo del edificio y camino hacia el zócalo. Empiezo a memorizar lo que veo. La calle está bloqueada por profesores encima de sus petates. Lonas azules los cubren del sol. Ningún auto en movimiento. Olor a miados. Miradas de esperanza, también de confusión y desazón. Conversaciones cotidianas, risas. Cantera llena de consignas en aerosol. ¿Por qué me sentiré un tomate exhibido en un centro comercial? Tal vez porque tengo pocos recuerdos de mi infancia. Eso de pararme como soldadito bajo el sol, nunca había desfilado entre mis anécdotas en la cantina. Soy un licenciado producto de la generación espontánea que sólo recuerda finales de programas de televisión. ¿Cómo es que me he convertido en Dustin Ramírez, el periodista inexistente? A veces me pasan algunos recuerdos como si fueran una proyección de diapositivas inconexas, sedientas por una loca interpretación. Recuerdo la cara de mi padre observándome de cerca. Estoy sentado con las manos apoyadas en el suelo. Él dice que soy raro. ¿Por qué?, pregunta mi madre, ¿por qué es raro mi Dusty? Es que me sostiene la mirada y no habla, ni siquiera balbucea. Ese Dusty nunca te habla, dice ella, nomás te mira porque sabe que todo es tu culpa.

Recuerdo también la primera vez que probé el mole en una comida en el campo que realizó mi abuelo materno. Veo mis

mejillas manchadas. El estómago me arde. Miro unas montañas detrás, siento el tiempo en el cuerpo, el nado de la extraña tortuga de mis sueños. Luego, casi inmediatamente, me recuerdo en el bosque de San Felipe, en un claro cercano a una caída de agua, voy en quinto de primaria y me he ido de pinta con mis amigos. Uno de ellos trae una piola y nos la presume. Es para escalar montañas entre varios, dice, podríamos conseguir una cuerda y caminar uno de estos días por el cerro. Mientras nos ilusiona, miro hacia arriba, hacia la punta llena de árboles y sonidos espeluznantes. Sí me gustaría, le digo emocionado. Nunca estuve tan cerca de escalar una montaña. No recuerdo por qué deshicimos el plan.

Estoy a una cuadra de El Acantilado, la cafetería de Clara. El sol agudiza la cruda en mi cabeza. Está abierta, entro y la cantera me refresca. Se traspasa, dice el letrero en la entrada. Odio las sillas de madera, pero no hay de otra y me siento pegado a una pared. Buenos días, me dice una mujer con el pelo negro amarrado y una camiseta polo color verde, ¿te sirvo café? Clara, le digo, soy Dustin. Ya lo sé, ¿quieres café o no? La sombra comienza a enfriarme el cuerpo. Te vi la semana pasada, me dice mientras pone la carta sobre la mesa, iba de gafas oscuras, ¿me recuerdas? Sí, yo iba frenando para cerciorarme de que eras tú, ¿por qué no me saludaste? Ibas con tu novia, no quise causarte ningún conflicto apenas llegando. ¿Quién dice que es mi novia? Todo el mundo lo sabe Dustin, todos sabemos de todos, has vuelto acompañado de tu fabulosa chilanga sabe Dios a qué. Yo tampoco lo sé. Bueno, me dio mucho gusto verte, prueba el pay de moras. No te vayas, le digo, siéntate un rato.

Se aleja sin responderme a rellenar otras tazas. Saco *La Montaña Mágica* de mi mochila, dispuesto a escalar unos

capítulos. Si buscaba alguna respuesta en este libro, me he extraviado, me produce aun más dudas. ¿Qué haría el joven Hans Castorp si estuviera, hoy, en Oaxaca? Escucharía a todos, eso pienso. ¿Estás casada?, le pregunto a Clara cuando se acerca a dejarme una rebanada de pay. No precisamente, soy una mujer complicada Dustin. Me río. ¿De qué te ríes?, me dice impostando la voz, ¿qué pretendes con eso de "estás casada"? No sé qué pretendo, sólo quiero tener alguien con quien platicar en mi nueva ciudad. Está bien, pero ahorita no puedo, ¿qué te parece si vienes a desayunar mañana?, sólo recuerda lo que te digo: soy una mujer complicada. Por favor Clara, ¿que tan complicada puede ser una pastelera de Oaxaca? Voy a hacer de cuenta que no escuché eso. Está bien, eres complicada, lo acepto, después de ocho años sin vernos, en menos de diez minutos ya hemos discutido. Para que veas, me dice mientras se muerde los labios y uno de sus ojos, independiente, se mueve hacia la izquierda. Comienzo a devorarme el pay.

**4.**

**Domingo 24 de septiembre. 2006**

Entro, la veo de espaldas, me acerco y voltea: Hola Dustin. Le beso la mejilla: Hola, Clara, ¿por qué las gafas oscuras? Nos sentamos. Me convertí en chef, ¿sabías? No, no lo sabía. Sí, siempre fue mi sueño, más o menos desde que te fuiste entré a estudiar gastronomía y ahora soy dueña de esto, aunque no por mucho tiempo. No me acordaba que ese fuera tu sueño, te van bien las gafas. Gracias, ¿y tú?, ¿qué haces?, ya me imagino: debes ser todo un *snob* en la Ciudad de México. Ah, pues no creo, nada de eso. ¿Y qué estudiaste por fin? Periodismo, soy un periodista que saca notas de

internet. Qué emocionante. Pues no, no mucho, de hecho acabo de renunciar a mi empleo, encuentro mi profesión algo tediosa. ¿Qué es lo que quieres, Dustin? ¿Cómo que qué es lo que quiero? ¿Qué es lo que estás construyendo? ¿Cómo puedo saber eso? Pues no sé, ahora que venías a desayunar estaba segura que ibas a estar sonriente, realizado, se supone que te fuiste al DF para convertirte en algo. ¿Y qué significa "algo"? No lo tengo claro, el caso es que querías realizar sueños extraños. ¿En serio, puedes contármelos? Sí, después, yo veo que no estás bien en función de cómo te dejé, te veo desilusionado. ¿No estoy bien en función de qué? Eras una persona muy creativa y emocionante, ahora parece que respondes por responder, sin pensar en lo que estoy diciendo. ¿En serio Clara? Ajá, nunca imaginé que algún día me dirías que lo que haces es tedioso, tú siempre estabas entusiasmado con lo tuyo. Tienes razón. ¿Y entonces? No sé, el trabajo es el trabajo. Oye, ahora lo veo, eres inseguro, eso te tiene deprimido e insatisfecho, seguramente no te atreves a agarrar al toro por los cuernos. Vine a Oaxaca a eso, estoy por tiempo indefinido, quiero escribir un reportaje sobre todo esto que está sucediendo. ¿Todo esto que está sucediendo, a qué te refieres? Al conflicto. Suena bien, ¿ya ves?, ahí tienes algo que construir, ¿por qué estás triste entonces? ¿Estoy triste? ¡Sí!, qué piensas hacer para no seguir en esa tristeza, la vida no es eterna, Dustin, lo tienes que resolver, ¿vas a dejar que pase el tiempo de esa forma sobre ti, con tedio? Espero que no. Dime, me interesa: ¿qué tienes en mente? Mucho, voy a investigar sobre todo, no sé, en realidad no tengo idea, sólo un impulso. ¿Qué van a pedir?, pregunta un chavo con camiseta verde. Espero que solo sea su empleado. Veo la carta, es ilegible, no veo nada en el menú. Mientras ella pide, imagino una montaña detrás de ella con

una docena de obstáculos y hasta arriba, desenfocada, una bandera que dice: Dustin Ramírez; abajo, yo con la carta desplegada: menú del día: periodista con tedio y ansiedad, bañado en salsa de inspiración y nostalgia. No sé qué pide ella. Yo unas enfrijoladas con tasajo, por favor. Se va el mesero. ¿Entonces?, pregunta ella. Pues sí tengo opiniones, le digo, pero cuando recuerdo que no tengo la autoridad suficiente ya no desarrollo la idea. Es que sí tienes la autoridad suficiente, son tus reflexiones, ¿qué sería de la humanidad sin ellas? Seríamos exactamente iguales. Exacto, si no nos dices nada, seremos lo mismo, investiga sobre el asunto, pero sobre todo: invéstigate a ti. No sabes lo chocante de tu consejo, pero esta conversación me ha puesto a pensar, por cierto, ¿tú cómo ves el conflicto? Estoy de acuerdo con nadie, estamos equivocados, lo sé, pero realmente nadie está buscando una respuesta. ¿Tú tienes alguna? Eso no te lo diré Dustin, pero intuyo lo que va a suceder sin ser una pitonisa. ¿Qué va a suceder? No responde, comienza a comer como si nada. Las enfrijoladas me toman por sorpresa. Su sabor requiere mi concentración. Al terminármelas, Clara se quita las gafas y dice: antes de darte mi opinión quiero contarte otra cosa:

Desde mi pubertad me he sentido fuera de esta ciudad, los eventos se suceden sin remedio, como si mis acciones tuvieran una reacción en un lugar lejano o, para revolvete más, como si mis actos fueran la reacción a un evento lejano. Así que, salvo algunas personas, lo que sucede de cerca no me afecta. No por apática, no sé si me entiendas, me conmueve lo que sucede pero este entorno no guarda ninguna relación conmigo. Aún así, o por eso, sé lo que ocurre Dustin, un modelo mental está dando sus últimas patadas. Pero no me

refiero al gobierno, también la oposición está en crisis, los dos tienen el mismo esquema y de ahí no saldrán, gane quien gane son caras de una sola moneda. Chocarán y, estoy segura, la misma lógica se impondrá de nuevo. Aunque las causas de la asamblea parezcan auténticas y obvias, detrás de los ojos de sus líderes se esconde el mismo espíritu que detestan. Ahora bien, saben que algo anda mal, pero no encontrarán la forma. Mientras todos esperamos a que algo se transforme, o por lo menos que el gobernador renuncie, entrarán los federales y viviremos con un policía en cada esquina. La ciudadanía sentirá que sus convicciones flaquean, volverán desanimados a la vida cotidiana, el temor volverá a cuidarlos y sentirán una nostalgia que no sabrán explicarse. Todo este fuego se contendrá y se refugiará en un lugar que no podemos ver, pero que está en todos nuestros cuerpos, esperando a volver con más ánimo. Y cuando nos demos cuenta, sin que haya sido nuestra culpa, dependeremos aún más del dinero.

Bueno, eso es lo que tú opinas, le respondo un poco confundido por la intensidad de su voz, las muecas que tuerce y su ojo izquierdo que se pierde en cada palabra. Por cierto Dustin, debo ponerme a trabajar, mira la hora. ¿Podría visitarte mañana, Clara? No no no, no quiero que te encariñes conmigo de nuevo. Sí que quieres, te gusta platicar conmigo, seguramente nadie te escucha. Bueno, en eso tienes razón, pero está por solucionarse. ¿Cómo? Oye Dustin, estoy comprometida, no quiero crearte falsas ilusiones, es lindo coincidir justo en esta época en la que estoy bastante sensible, pero no te conviene buscarme. Yo decido de quien encariñarme, ¿no es cierto? Se pone las gafas y luego responde: Eso es cierto, Dustin, debes decidir lo que se te antoje, puedes visitarme en la cafetería cuantas veces

quieras aunque no siempre hablemos, ¿te parece? ¿Podría ser diferente? No, Dustin, no podría, ahora, si quieres quedarte, quédate. ¿Entonces estás comprometida? Sí, es de lo único que estoy segura. ¿Vives con él? No, él vive en Portugal, de hecho Dustin, estoy a punto de seguirlo. Me quedo callado, siento un yunque en el estómago. ¿Lo amas, Clara? Dustin, no estamos en una telenovela, ¿o sí? ¿Entonces no lo amas? Digamos que mi vida tiene una fuerte relación con la suya, con él tengo los pies en la tierra. Mientras lo dice, la imagino suspendida en el aire en todos mis recuerdos. La imagino suspendida en la esquina de su casa, suspendida mientras la beso, mientras la toco, suspendida mientras la penetro. Bueno, Dustin, vuelvo a mi trabajo. ¿Cuándo te vas a Portugal? Mira, tengo que hacer un par de viajes antes, traspaso el negocio, vendo mi auto y me largo para siempre. ¿Tiene algo que ver con el conflicto? Dustin, todo tiene que ver con todo.

5.

**Jueves 28 de septiembre. 2006**

Después de dar vueltas por el centro intentando entrevistar a alguien, camino hacia el cuarto de azotea. Fui a saludar de mano a varios maestros pero no les pregunté nada. Me dediqué a ver cómo otros periodistas sí hacen su trabajo. Quizás debería acercarme y pedirles consejo, por ahora me limité a escucharlos. De alguna manera, la conversación con Clara me afectó. El domingo después de verla, volví con Ximena al cuarto y ella me abrazó como si se supiera por qué estaba triste. En la noche, en el sexo de

cajón, yo pensaba en las anchas caderas de Clara, en sus pezones negros. Ximena no abrió los ojos. El lunes amanecemos contentos, fuimos al mercado y le hice de desayunar. Ayer dijiste que teníamos que hablar, dijo ella mientras tomábamos café. Lo sé, sé que eso dije. ¿De qué se trata?, preguntó ella. No lo sé, pero olvidémoslo por ahora, ¿te parece? Creo que lo presiento Dustin, pero está bien.

Clara dejó nítida su postura: está comprometida y se va del país. Aunque sé que debo alejarme, me intrigan sus gafas, y cuando no las tiene, me intriga la manera en que sus ojos pasean de un lado a otro al ritmo de sus palabras, me intriga también el deseo que tengo de aprovechar sus últimos días en Oaxaca. ¿Será que vine a eso? Y luego veo a Ximena en silencio, deambulando por la ciudad con cautela y siento que apago parte de mi propia voz, como si estuviera ignorando a un Dustin paralelo. La ciudad se debate en cada esquina y yo floto en mis indecisiones personales. Mi confusión me tapa los ojos. Tanta incertidumbre oscurece el panorama, ¿por dónde comenzar a aclararlo?